

Sobre los hombros de un gigante
La obra de Juan Iñigo Carrera como punto de partida para la acción política del SICAR

Comité Editorial

El camino hacia el conocimiento de las potencialidades revolucionarias que porta la clase obrera está a menudo pavimentado con falsas certezas y relatos míticos que se detienen en la mera apariencia. Sin embargo, aquellos que se aventuran a ir más allá de las afirmaciones inmediatas pueden vislumbrar un nuevo horizonte donde la ciencia se convierte en sinónimo de revolución.

Síntesis e Investigación Científica como Acción Revolucionaria (SICAR) es el resultado de un largo recorrido colectivo en el reconocimiento de las determinaciones materiales de la acción política de nuestra clase. Los antecedentes de la organización se remontan al año 2015 en la Provincia de Buenos Aires. En los pasillos de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS), un pequeño grupo de jóvenes estudiantes comenzó a intercambiar experiencias y a debatir sobre la situación política de aquel entonces. Se vislumbraba la victoria de la coalición Cambiemos en las elecciones presidenciales y el inicio de un nuevo ciclo político para Argentina. El agotamiento y la descomposición de la “hegemonía progresista” que encarnó el kirchnerismo tras el estallido social del 2001, puso de manifiesto no solo el retroceso irrefrenable de las “ideas de izquierda”, sino también el agotamiento de una forma específica de construcción política. Estos jóvenes, todos ellos con un pasado y un presente de militancia en organizaciones políticas del llamado “campo nacional y popular” y de la “izquierda revolucionaria”, se enfrentaban a la crisis absoluta de sus identidades políticas. Sin saber muy bien las causas de esta crisis ni cómo encauzar su acción, se lanzaron a construir una experiencia política que pudiera canalizar sus inquietudes sin perder su arraigo en la coyuntura política más inmediata. Así nació la organización estudiantil independiente Conciencia Activa.

Esta organización, que se desarrolló rápidamente en la política estudiantil de la UNGS, acogió a militantes de las más variadas tradiciones. De ese grupo tan diverso, algunos y algunas destacaron por el tipo de preguntas que les motivaban. Se constituyó así un pequeño núcleo de militantes que se lanzaron a la búsqueda de un programa político sustentado sobre bases científicas. En el poco tiempo que les dejaban el estudio y la política estudiantil, se entrevistaron con todas las organizaciones políticas más importantes de la izquierda revolucionaria argentina en busca del tan mentado programa político, aunque sin éxito. Desde el silencio más absoluto hasta formulaciones absurdas como “la respuesta está en la calle”, los programas más

estructurados consistían en documentos que recopilaban, con mayor o menor profundidad, consignas abstractas arrancadas de los textos canónicos y aplicadas a una realidad concebida *a priori*. Es decir, que el programa político revolucionario no existía realmente. Para estos militantes de Conciencia Activa el panorama de confusión y desánimo por las derivas de la política revolucionaria empezaba a encontrar una posible vía de resolución: si el programa no existía, entonces había que producirlo.

Así, a finales de 2019, se constituyó el Círculo de Investigación Científica como Acción Revolucionaria (CICAR), cuyo objetivo era reunir a la mayor cantidad posible de subjetividades científicas de todas las disciplinas (exactas, naturales, sociales y aplicadas) con un propósito claro: reconocer las determinaciones de sus propias conciencias para conformar un obrero colectivo que sirviera de base para la construcción de un programa científico-revolucionario y, con él, de un partido revolucionario. La experiencia acumulada por aquel pequeño grupo de militantes de Conciencia Activa fue el punto de partida para comenzar a recorrer ese camino. Durante sus años de formación universitaria, y en paralelo al crecimiento de la organización estudiantil, estos militantes se formaron en los talleres de *El capital* organizados por el Centro para la Investigación como Crítica Práctica (CICP) en la Universidad Nacional de Luján y, fundamentalmente, en la obra de Juan Iñigo Carrera (JIC). Rápidamente descubrieron que la forma en que JIC abordaba la crítica de la economía política iniciada por Marx iba mucho más allá de una simple glosa de un texto. En sus talleres y sus obras se perfilaba un conocimiento científico que trascendía las aporías de la ciencia convencional y, por ende, de la acción política tradicional, incluso de la “izquierda marxista”. Estos jóvenes veían en JIC a un *gigante vivo* que, una vez subidos a sus hombros, les permitía avanzar en “la crítica despiadada de todo lo existente”. El CICAR inició así su andadura partiendo de este reconocimiento: si JIC usó *El capital* para avanzar en la crítica práctica de lo real, se trataba ahora de *usar la obra de JIC* para desplegar tal crítica con la mayor potencia posible.

El CICAR comenzó a reclutar a más y más militantes, traspasando las fronteras de Argentina. En pocos meses, se sumaron camaradas de muchos países de habla hispana que empezaron a reconocer las determinaciones de su propia conciencia a partir de la lectura crítica de las obras de Karl Marx y de JIC. Una vez alcanzado el límite absoluto del reconocimiento de estas determinaciones, *el CICAR se transformó en el SICAR*. Agotadas las discusiones en el ámbito de la formación, se crearon los grupos nucleares de investigación con el objetivo de poner en marcha una maquinaria de producción científica orgánica que avanzara en la revolución del conocimiento dialéctico. Finalmente, el SICAR descubrió que el “gigante” no era JIC, *sino el conocimiento dialéctico mismo*. Los artículos que componen el primer número de *Síntesis* son una expresión de esta forma de organizar la acción revolucionaria. En las páginas que

siguen el lector encontrará de forma más desarrollada el balance que nuestra organización hace de la obra de JIC y el CICP.

1. Avanzar más allá de toda apariencia: esbozos para una biografía intelectual de Juan Iñigo Carrera¹

Juan Bautista Iñigo Carrera (JIC) nació en Buenos Aires en 1947 en el seno de una familia de dirigentes del Partido Socialista (PS). Fue nieto de Juan Bautista Justo, fundador del partido y primer traductor de *El capital* al castellano, y de Mariana Chertkoff, emigrada de la Rusia zarista, también militante y dirigente de la organización. Criado junto a sus hermanos en gran medida por Nicolás Repetto, otra figura central del panteón dirigente del socialismo argentino, la infancia de JIC estuvo marcada por la inestable situación política de su familia a raíz de la represión peronista. Su madre, que era docente, fue cesada de su cargo en 1946, en los albores del gobierno de Perón, y su “abuelo”, Repetto, fue encarcelado en varias ocasiones. Sus otros familiares, así como el núcleo de amistades cercanas de sus padres, también fueron objeto de la persecución política. La aguda represión directa e indirecta alimentaba la idea de que el peronismo había robado las banderas históricas del socialismo. “Cuando el peronismo cayera en desgracia”, pensaban los dirigentes socialistas, “la clase obrera volverá a votar masivamente al PS”. Sin embargo, tras el golpe de 1955 de la autodenominada “Revolución Libertadora”, esa imagen general que fungía como cemento moral de la militancia socialista se desmoronó.

En su temprana adolescencia, momento en el que según la tradición debía comenzar a realizar tareas militantes en el partido, JIC atravesó una crisis de doble filo. Por un lado, el PS sufrió un proceso de ruptura política entre dos orientaciones que, a la postre, formaron nuevas estructuras partidarias: el Partido Socialista Argentino y el Partido Socialista Democrático. Esta escisión también provocó una crisis familiar, ya que en las familias Iñigo Carrera y Justo había defensores de una línea y otra. Los padres de JIC, tratando de mantener la cohesión del grupo familiar, decidieron retirarse de la militancia activa. Pero por otro lado, JIC perdía la certeza del relato socialista transmitido de generación en generación. Sin saberlo todavía, iniciaba el desarrollo de su pregunta por la determinación de la conciencia social; en este caso: ¿por qué, a pesar de todo, la clase obrera argentina seguía siendo peronista?

En este sentido, tanto para JIC como para su hermano, el futuro historiador Nicolás Iñigo Carrera, el desconcierto sobre cómo encauzar su acción política era total. Los lugares comunes que sustentaban el edificio de la tradición doctrinaria del PS se habían derrumbado por el carácter marginal del socialismo liberal en el nuevo contexto

¹ Todos los datos biográficos aquí expuestos se extrajeron de Iñigo Carrera, J.: “Subjetividad productiva y política en la Crítica Práctica”, entrevista hecha por Vivanco A. y Cosic, N., SICAR, Buenos Aires, 29 de abril de 2025.

argentino de los años sesenta. Este desconcierto fue, paradójicamente, el punto de partida para el desarrollo de la subjetividad política de JIC, que desde entonces se dedicó a cuestionar todas las apariencias que se presentaban como certezas.

Tras finalizar la escuela secundaria, JIC tuvo que tomar la difícil decisión de elegir una carrera universitaria. La tradición familiar, para la cual la militancia política era la vida misma, indicaba que el militante debía elegir una carrera que le proporcionara autonomía económica respecto del Estado. En otras palabras, la opción profesional legitimada por la tradición indicaba que JIC tenía que elegir una carrera de “profesional liberal”. Como su hermano, negoció con sus padres estudiar dos carreras simultáneamente: una que le brindara la tan mencionada autonomía y otra que respondiera a sus inquietudes políticas. Así, se matriculó en las carreras de Contador Público y de Economía, que se dictaban en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires (en adelante FCE-UBA).

En un primer momento, la carrera de Economía le resultaba terriblemente ajena. No lograba reconocerse en los contenidos. En efecto, JIC, ante ese estado de frustración intelectual, decidió abandonar estos estudios para concentrarse en los de contador público. Así, a comienzos de los años setenta, salió de la FCE-UBA con el diploma de Contador bajo el brazo e inmediatamente consiguió un puesto de trabajo en una empresa argentina, filial local de una multinacional. Esta experiencia de trabajo le permitió, según sus palabras, encontrarle un sentido específico a la formación que había recibido en la carrera de Economía en tanto lograba contestar preguntas para las cuales sus compañeros contadores se encontraban mutilados, a pesar de dominar todos los aspectos técnicos del proceso de trabajo característico de la contabilidad. Asimismo, esta experiencia en un pequeño capital nacional que rendía regalías a una multinacional generó en él nuevas preguntas que iban al corazón de la relación social capitalista en sus formas más simples, para responder por la necesidad de sus formas concretas. Por lo tanto, en el año 1973 decidió retomar sus estudios de Economía en la FCE de la UBA buscando canalizar sus nuevas inquietudes. Esto es, en la producción de su subjetividad productiva, JIC se enfrentó con las características del pequeño capital y chocó con el fetichismo neoclásico, hecho que lo puso por primera vez ante la especificidad nacional de la acumulación capitalista en Argentina y los límites de la ciencia económica.

El contexto en la UBA había cambiado radicalmente. Con el retorno de Perón, la Juventud Peronista había ascendido al control de los resortes políticos de la universidad, por lo que JIC retomó sus estudios en un clima de gran efervescencia política e intelectual. Cursó con los economistas más reconocidos de aquel momento, como Oscar Braun, Horacio Ciafardini y Miguel Teubal, mientras intentaba retomar el estudio sistemático de *El capital* en un taller coordinado por Pablo Gerchunoff en el Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO), institución fundada por

sociólogos marxistas formados bajo el ala de Gino Germani en tiempos donde la carrera de Sociología se cursaba en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. El grupo de personas que concurría a ese taller finalmente se terminaría dispersando, pero ello no impidió que JIC continuase con el estudio sistemático de la obra madura de Marx.

Un punto de quiebre importante en su trayectoria fue su experiencia como estudiante en una comisión de trabajos prácticos de la cátedra de *Dinero, Crédito y Bancos*, a cargo de Pablo Levín, futuro autor de *El capital tecnológico*. En aquellas clases, JIC y sus compañeros leyeron detenidamente los *Grundrisse* de Marx en la flamante edición de Siglo XXI publicada un año antes. JIC se obsesionó con el acápite “La mercancía como relación social”² de aquellos manuscritos de Marx, porque encontró allí un sendero para avanzar en la respuesta a su pregunta inicial, a saber, la necesidad de la conciencia peronista de la clase obrera argentina. Ahora el panorama empezaba a aclararse: la obra de Marx desplazaba la pregunta por la conciencia peronista hacia su determinación más simple, la conciencia del productor de mercancías. En los *Grundrisse* JIC encontró aquello que la tradición del PS no podía proveerle, esto es, la consideración de la conciencia como un concreto material portador de una necesidad. Entonces, si la mercancía era una relación social histórica, la obra de Marx no versaba sobre la abstracta economía, sino que buscaba contestarse por la conciencia de los sujetos sociales que producen mercancías. JIC comenzó a entender que el movimiento de la mercancía era el movimiento del ser social de sus productores, y, por tanto, de la conciencia de la clase obrera, incluida la suya propia. El encuentro de JIC con los *Grundrisse* fue a todas luces un punto vital de su trayectoria.

En un contexto de fuerte discusión política, guiada por la certeza de que la apertura de un proceso revolucionario estaba a la vuelta de la esquina, a JIC le parecía que todas las posiciones políticas esgrimidas en esa coyuntura por sus amigos de la Federación Juvenil Comunista, y de sus otros compañeros de estudio, no tenían sustento en tanto se basaban en intuiciones vagas o expresiones de deseos y no en un conocimiento de causa. Sin embargo, todavía no podía dar cuenta de por qué no eran atinadas: lo suyo también era una intuición. Tenía la imagen de que lo que se venía en el futuro inmediato de la Argentina no era la tan ansiada revolución, sino un nuevo golpe militar. Una certeza que no estaba informada por un conocimiento objetivo del proceso social, sino por la experiencia de su generación, que tuvo la desgracia de vivir, hasta ese momento, tres golpes militares.

En el segundo semestre de 1974 la certeza de JIC empezaba a mostrar sus primeros visos de realización al iniciarse un nuevo proceso de intervención en las universidades

² Marx, K.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, Vol. I, Buenos Aires, Siglo XXI, Buenos Aires, 2019, pp. 84-93.

por parte del poder ejecutivo nacional del gobierno de María Estela Martínez de Perón. El rector interventor Mario Ottalagano, un fascista declarado, inició el proceso de depuración ideológica de las universidades con la consecuente expulsión de los docentes opositores, que fueron reemplazados por otros afines a la derecha peronista y el nacionalismo católico. A comienzos de 1975, gracias a la política de reconocimientos de equivalencias de asignaturas de la gestión interventora, que buscaba despoblar la universidad a cualquier costo para debilitar al movimiento estudiantil, JIC pudo recibirse como Licenciado en Economía al lograr que le reconozcan como equivalentes muchas asignaturas de la carrera de Contador Público.

Como muchos de sus colegas, Levín, uno de los cientos de profesores expulsados por la intervención de Ottalagano, se refugió en el Consejo Federal de Inversiones (CFI), uno de los entes creados durante el desarrollismo argentino. Levín convocó a JIC y otros jóvenes graduados para realizar una pasantía rentada en el organismo en una de las áreas de investigaciones que dirigía. JIC aceptó el ofrecimiento y comenzó a trabajar en el CFI bajo su amparo, desarrollando un modelo de medición de tasa de ganancia.

Con el golpe de estado de 1976, el CFI entró en un proceso de descomposición “donde no había nada útil para hacer”. El ente existía formalmente, pero la vida que supo abrigar se agotaba día tras día. En un contexto de salarios congelados, espionaje interno y sensaciones generalizadas de estar realizando tareas inútiles, quienes no se fueron del organismo por razones políticas lo hicieron por el insoportable hedor putrefacto que despedía el organismo. En ese contexto, JIC volvió a su anterior trabajo como contador a medio tiempo porque su salario en el CFI no le permitía llegar a fin de mes. Su tema de investigación, que le había granjeado una fama de “loco” entre sus compañeros, fue el bálsamo al que se aferró durante esos años oscuros. En estos años se reencontró con Luis Denari, compañero universitario, quien militó en Política Obrera y leía *El capital* en su escritorio del CFI, a pesar de la constante persecución. Este encuentro fue trascendental: ambos iniciaron una estrecha relación político-intelectual que posteriormente derivó en la fundación del Centro para la Investigación como Crítica Práctica. Finalmente, en 1977, JIC pudo cerrar su modelo de medición de la tasa de ganancia, y con él, su trayectoria en el CFI. Entregó el informe correspondiente y se retiró en silencio.

Luego de trabajar unos años como contador abandonó definitivamente la profesión al incorporarse como economista en la Junta Nacional de Granos. En los primeros años de su nuevo trabajo, al no tener una tarea específica asignada, ocupaba los largos tiempos muertos en el mismo leyendo la *Ciencia de la Lógica* de Hegel. A raíz de enfrentarse a las dificultades de elaboración de aquel modelo de medición de tasa de ganancia, no tuvo más remedio que profundizar sus estudios en cuestiones metodológicas. Antes de llegar a Hegel, en esa anárquica búsqueda de respuestas a los dilemas que encontraba en la elaboración del modelo, leyó el *Anti-Dühring* de

Friedrich Engels, *Materialismo y Empiriocrítica* y los *Cuadernos Filosóficos* de Vladimir Ilich Lenin, así como un libro muy particular, *La lógica dialéctica y las ciencias* de un desconocido profesor rumano de lógica llamado Athanase Joja, editado a comienzos de los años setenta por Juárez Editor, una pequeña editorial de Buenos Aires. Este recorrido sinuoso de lecturas conduciría a JIC a la abigarrada pluma de Hegel, donde encontraría, según su perspectiva, al primer individuo que —a pesar de su inversión lógica— pudo llegar a divisar la determinación más simple de lo real: el automovimiento.

El estudio sistemático de la lógica hegeliana se vio favorecido por el interés que JIC sentía a comienzos de la década de 1980 por resolver el problema de la transformación de valores en precios de producción, un debate que surgió de la crítica de Böhm-Bawerk a Marx en *Karl Marx and the Close of His System* (1896). Este debate, que a comienzos del siglo XX giró en torno a las explicaciones ricardianas de Ladislaus von Bortkiewicz, retornó con fuerza en los años setenta a partir de la crítica a la solución marxiana que el japonés Nabuo Okishio desarrolló a partir de su famoso teorema. JIC centró su intervención en este debate criticando a Paul Sweezy, defensor de la teoría del capital monopolista. Tras terminar la crítica a Sweezy, continuó con la crítica a otro economista que se había enfrentado al mismo problema, Francis Seton, pero se dio cuenta de que su crítica aceptaba peligrosamente los términos del debate, ya que se trataba de una cuestión de mediciones abstractas que no guardaba relación con la determinación en cuestión. El problema para JIC era el siguiente: tenía un contenido, una forma, la forma de esa forma y, tras el desarrollo de esa *contradicción*, necesitaba explicar por qué tal forma era cuantitativamente distinta de su contenido. Hegel constituyó una parada ineludible para tratar de desenmarañar la cuestión. Este ingente trabajo con cuestiones metodológicas concluyó en su primera obra publicada, *El conocimiento dialéctico*, en 1992.

A finales de la década de 1980, con el colapso del gobierno de Raúl Alfonsín debido a la escalada hiperinflacionaria que condujo a la victoria incontestable de Carlos Menem en las elecciones de 1989, JIC decidió abandonar sus investigaciones metodológicas y centrarse en el estudio de la formación económica de la sociedad argentina. Su lectura del contexto político fue clave para tomar esta decisión. Los últimos años de Alfonsín se caracterizaron por el avance del ajuste sobre la clase obrera y por fuertes crisis políticas con dos intentos golpistas por derecha e izquierda: el levantamiento de los «Carapintadas» en abril de 1987 y el del Movimiento Todos por la Patria (MTP) en enero de 1989. En este contexto de ajuste y crisis política, Menem triunfó en las elecciones con la promesa de “salario y revolución productiva”. Desde la perspectiva de JIC, Menem, *a priori*, defendía un programa de gobierno que chocaba con la necesidad de la acumulación de capital de avanzar aún más en el ajuste. Así, para JIC, lo que se avecinaba para Argentina era un nuevo golpe militar, ya que advertía que

en 1989 se estaba replicando el mismo patrón que en 1975: el choque entre la necesidad de avanzar en la sobreexplotación de la clase obrera y las formas políticas que no podían personificar esa necesidad. Sin embargo, la historia le depararía una sorpresa: Menem realizó lo que el peronismo no pudo hacer en 1975 y sí la dictadura cívico-militar, es decir, profundizó el ajuste sobre la clase obrera a niveles inéditos. La estructura de la clase obrera argentina se había transformado: en los años noventa ya no tenía siquiera fuerza política que justificara el avance sobre sus condiciones de vida mediante formas políticas dictatoriales.

En este contexto, la década de 1990 vio nacer el Centro para la Investigación como Crítica Práctica (CICP). Fundado por necesidades prácticas inmediatas, muy ligadas, en principio, a cuestiones legales de la publicación de *El conocimiento dialéctico*, JIC y Luis Denari comenzaron a publicar más trabajos y a participar en congresos internacionales donde daban a conocer sus singulares investigaciones.³ En ellos, JIC expondría su crítica a las interpretaciones marxistas fundadas en la lectura de Isaak Rubin del primer capítulo de *El capital*, un autor central para comprender el giro neodialéctico contemporáneo. A su vez, ambos avanzaron en el estudio y la medición de la valorización del capital en la Argentina como espacio nacional de acumulación.⁴ En 1998, JIC publicó *La acumulación de capital en Argentina*, un documento crucial donde daba cuenta de la especificidad del capitalismo local: una forma nacional surgida por el desarrollo del mercado mundial en el siglo XIX, especializada en la producción de mercancías agrarias, y cuya plusvalía apropiada en concepto de renta de la tierra era recuperada por los países clásicos mediante la valorización del capital medio fragmentado, junto a otros mecanismos como el endeudamiento externo y la sobreexplotación de su clase obrera.⁵

³ Denari, L.: “Economía y epistemología y los desaciertos del conocimiento científico”, en *Realidad Económica*, N. 103, 1991, pp. 81-95; Iñigo Carrera, J.: “Capital’s Development into Conscious Revolutionary Action”, presentado en *International Conference on Marxism in the New World Order - Rethinking Marxism*, University of Massachusetts, Amherst, 1992; “From Simple Commodities to Capital-Commodities: The Transformation of Values into Prices of Production”, presentado en *21st Annual Convention of the Eastern Economic Association, Mini-Conference of the International Working Group in Value Theory*, Nueva York, 1995; “On Differential Concrete Rates of Profit as a Necessary Specific Form Taken by the General Rate of Profit in Competition”, presentado en Seminario *La crisis de las economías capitalistas* de Anwar Shaikh, IADE, Buenos Aires, 1996; “A Model to Measure the Profitability of Specific Industrial Capitals by Computing their Turnover Circuits”, Documento de Investigación del Centro para la Investigación como Crítica Práctica, Buenos Aires, 1996.

⁴ Denari, L.: “La planificación al borde del ataque de nervios”, en *Revista Interamericana de Planificación*, N. XXIV (94), 1991, pp. 128-142; “¿La historia argentina no tiene quien la escriba?”, Documento de Investigación del Centro para la Investigación como Crítica Práctica, Buenos Aires, 1992; Iñigo Carrera, J.: “La apropiación de la renta de la tierra pampeana y su efecto sobre la acumulación del capital agrario”, presentado en *I Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales*, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1998; “El drenaje de las reservas de divisas por el sector privado durante la convertibilidad”, en *Realidad Económica*, N. 166, 1999, pp. 132-141.

⁵ Iñigo Carrera, J.: “La acumulación de capital en Argentina”, Documento de Investigación del Centro para la Investigación como Crítica Práctica, Buenos Aires, 1998.

Asimismo, en 1999 se inauguró el primer taller de lectura de *El capital* en el espacio del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierda (CeDinCI). En ese contexto, a finales de la década de 1990, JIC entró en contacto con estudiantes y jóvenes graduados de la carrera de Economía de la Universidad de Buenos Aires, entre ellos Axel Kicillof –futuro gobernador de la Provincia de Buenos Aires– y Guido Starosta, dirigentes de la agrupación *Tontos, pero no tanto* (TNT), una fuerza política de peso en el gremio estudiantil de la Facultad de Ciencias Económicas. Su objetivo era estudiar conjuntamente y en detalle el primer tomo de *El capital* bajo el amparo de JIC, organizando los encuentros de discusión en bares porteños. Durante más de un año no pasaron del primer capítulo, pero se afianzó la conexión entre ellos. Gracias a la gestión de Axel Kicillof, los talleres se trasladaron a las aulas de Económicas y, posteriormente, a un local prestado. A mediados de la década de 2000, el CICP logró disponer de un establecimiento propio.

La organización creció en número y se abrió paso en el ámbito de las discusiones intelectuales de la izquierda argentina después de la crisis del 2001. Este proceso coincide con el ingreso de JIC a la docencia universitaria a tiempo completo, cuando se hace cargo de dos cátedras en las carreras de Economía en la Universidad de Buenos Aires, así como en la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS). En 2004, tras la victoria de una lista de izquierda en las elecciones departamentales de Sociología en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, que llevó al dirigente del Partido de los Trabajadores Socialistas (PTS), Christian Castillo, a la dirección de la carrera, el CICP pudo ingresar, primero con un seminario y luego con una cátedra, en la carrera de Sociología. En este proceso fue clave el papel de la socióloga Luisa Iñigo, sobrina de JIC, que se estaba formando en los talleres de *El capital* y que participó en la gestión de Castillo como secretaria académica. Este seminario, titulado *La formación económica de la sociedad argentina y sus crisis*, contó con alrededor de 250 inscriptos en su lanzamiento, evidenciando que las investigaciones de JIC comenzaban a tener repercusión respecto de muchas preguntas espinosas acerca de la acumulación de capital argentina y sus posibles cursos de transformación. Al mismo tiempo, JIC dictó un seminario organizado por Razón y Revolución (RyR) sobre el método dialéctico en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, al cual se inscribieron más de 700 personas, pero que sólo 5 lograron terminar. El año 2003 también marca un hito en la obra de JIC: publica su gran obra, *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia* en Ediciones Cooperativas, en una colección que dirigía Axel Kicillof. En este libro, partiendo de la determinación más simple de lo real, JIC reproduce las determinaciones que conducen al reconocimiento de la clase obrera como sujeto revolucionario. De la simple forma de vida a la revolución proletaria que expropia a los expropiadores mediante la centralización absoluta del capital. De la organización

meramente somática de la vida a la organización consciente del metabolismo social humano.

En el año 2007 JIC publicó dos trabajos fundamentales: *Conocer el capital hoy. Usar críticamente El capital* y el primer volumen de *La formación económica de la sociedad argentina*. Mediante la crítica práctica de la representación lógica en la economía política clásica, neoclásica y “crítica”, así como en el psicoanálisis y la filosofía, en el primero de estos libros analizó de modo ampliado la conciencia libre como forma de la subjetividad enajenada en la mercancía. En este sentido, invitaba a *usar* la obra de Marx para superar los límites del conocimiento interpretativo, a partir de enfrentarnos por nosotros mismos a las formas reales del capital en su automovimiento. En el segundo libro, expuso con mayor riqueza empírica los fundamentos de su trabajo publicado en 1998. De este modo, en la unidad de ambas publicaciones, JIC dio grandes pasos en la respuesta a sus preguntas iniciales: sistematizó su abordaje sobre las determinaciones más simples del productor de mercancías, y avanzó en la reproducción y cuantificación del contenido económico detrás de la conciencia política de la clase obrera argentina.⁶

En esta trayectoria, el CICP se robusteció a cada paso, incorporando nuevos investigadores, produciendo más publicaciones científico-políticas y finalmente montando talleres de lectura de los tomos I, II y III de *El capital* como espacios de formación militante. Así, la acción política de JIC se perfiló hacia dentro y fuera del CICP, según sus propias palabras, como la intervención sobre el proceso en que los miembros de la clase obrera producen sus propias conciencias científicas de modo individual. Bajo esta peculiar forma de organización política, donde se acompaña a cada militante en la reproducción de la necesidad del concreto por cuenta propia, el CICP avanzó en el conocimiento de las determinaciones del capital, desde las más

⁶ Iñigo Carrera, J.: “La crisis de la representación política como forma concreta de reproducirse la base específica de la acumulación de capital en Argentina”, en *Revista da Sociedade Brasileira de Economia Política*, N. 15, 2004, pp. 62–87; “Argentina: The Reproduction of Capital Accumulation through Political Crisis”, en *Historical Materialism*, N. 14 (1), pp. 185-219, 2006; “Las formas políticas de la acumulación de capital en Argentina: La necesidad de la apariencia y el contenido del sindicalismo revolucionario y su “huelga general”, presentado en *XII Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia*, Universidad Nacional del Comahue, 2009; “La especificidad nacional de la acumulación de capital en la Argentina: desde sus manifestaciones originarias hasta la evidencia de su contenido en las primeras décadas del siglo XX”, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras [Tesis Doctoral], Buenos Aires, 2015.

simples a las más complejas,⁷ elaborando mediciones de su proceso de acumulación global diferenciado nacionalmente.⁸

La obra de JIC sumó cada vez más adeptos, como también múltiples detractores. Distintas agrupaciones de izquierda lo valoraron como un economista que había refinado el análisis de la acumulación de capital en Argentina. Sin embargo, rechazaron en conjunto su apropiación de *El capital* de Marx por considerarla “idealista” y conducente al “inmovilismo” en la acción política. Por otra parte, otros sectores, fundamentalmente jóvenes estudiantes universitarios insatisfechos con el voluntarismo abstracto de las organizaciones de izquierda, empezaron a tomar su obra como un punto de partida potente para la organización científica de la acción política revolucionaria. La ciencia ya no implicaba una tarea más a la que recurrir para justificar axiomas, o aquella engorrosa instancia que le quitaba tiempo valioso a la verdadera acción política librada en las calles entre cascotazos y balas de goma, sino que se perfilaba en la obra de JIC como la acción política revolucionaria por antonomasia. Pero las mentes aferradas al vértigo de la coyuntura no podían sino ver en quienes se tomaban en serio las discusiones sobre el método de conocimiento, o acerca de la determinación del valor de las mercancías, como espíritus atrapados por la “desviación academicista”. Con JIC las subjetividades portadoras de esta especificidad encontraban, en el proceso de reconocerse en el conocimiento dialéctico objetivado en sus textos, la potencia para ir más allá de toda apariencia haciendo trizas todas las inversiones ideológicas del marxismo.

⁷ Iñigo Carrera, J.: “El capital: determinación económica y subjetividad jurídica”, en *Crítica Jurídica*, N. 34, 2012; “El método: de los *Grundrisse* a *El capital*”, Documento de Investigación del Centro para la Investigación como Crítica Práctica, Buenos Aires, 2013; *La renta de la tierra. Formas, fuentes y apropiación*, Buenos Aires, UNQ, Imago Mundi, 2017; Caligaris, G. y Fitzsimons, A. (comp.): *Relaciones económicas y políticas. Aportes para el estudio de su unidad con base en la obra de Karl Marx*, UBA-FCE, Buenos Aires, 2012; Bellofiore, R., Starosta, G., y Thomas P.: *In Marx's Laboratory. Critical Interpretations of the Grundrisse*, Leiden-Boston, Brill, 2013; Friedenthal, T.: *El dinero: naturaleza, génesis y funciones un estudio de los fundamentos para su conocimiento presente en El capital de Marx*, Facultad de Ciencias Económicas [Tesis doctoral], Universidad de Buenos Aires, 2013; Starosta, G.: *Marx's Capital, Method and Revolutionary Subjectivity*, Leiden-Boston, Brill, 2015; Starosta, G. y Caligaris, G.: *Trabajo, valor y capital. De la crítica marxiana de la economía política al capitalismo contemporáneo*, Buenos Aires, UNQ, 2017; Hirsch, M.: *Acción sindical y salario real en la crítica de la economía política*, [Tesis doctoral], UBA-FSOC, Buenos Aires, 2018; Escorcía Romo, R. y Caligaris, G.: *Sujeto capital - sujeto revolucionario*, México UAM, 2019; Seiffer, T.: *Capital, transformaciones de la clase obrera y olas del feminismo*, Santiago de Chile, Larga Marcha, 2024.

⁸ Charnock, G. y Starosta, G.: *The New International Division of Labour: Global Transformation and Uneven Development*, London, Palgrave, 2016; Iñigo Carrera, J.: *La formación económica de la sociedad argentina, Vol. 2. De la acumulación originaria al desarrollo de su especificidad hasta 1930*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2022; Grinberg, N.: *Transformations in the Brazilian and Korean Processes of Capitalist Development between the Early 1950s and the Mid 2010s*, Leiden-Boston, Brill, 2023; Rojas Cifuentes, J., Rivas Castro, G., Fuentes Salvo, M. y Kornblihtt, J.: *La cuantificación del desarrollo histórico del capital en América del Sur*, Santiago de Chile, Ariadna, 2024; Kornblihtt, J., Dachevsky, F. y Casique Herrera, M.: *Artículos sobre la crisis venezolana. El proceso global de acumulación de capital y la contracción de la renta de la tierra petrolera*, Santiago de Chile, Larga Marcha, 2024.

2. Ser marxista o reconocer la propia necesidad mediante la Crítica Práctica

Quienes nos hemos formado en organizaciones marxistas haciendo cada cual los deberes de todo buen militante —entre ellos, bucear en los textos más importantes de la tradición para tratar de encontrar allí las respuestas a nuestras inquietudes políticas—, rápidamente descubrimos que la “tradición”, hecha de ese conjunto de textos por “interpretar”, se estructura a partir de una serie de antinomias bien claras. Dichas antinomias, que encuentran su origen en la forma más simple de toda antinomia —la separación entre lo ideal y lo material— se concretan en otras díadas: conciencia-acción, economía-política, historia-coyuntura, etc. En otras palabras, la tradición marxista construyó el edificio donde viven sus certezas mediante el conocimiento interpretativo producto de la representación lógica. Por esta razón, *la obra de JIC no es marxista*. Como veremos, no está dispuesta a interpretar el mundo, sino a reconocer la historicidad misma de la lógica, preparando de este modo el terreno para superar las antinomias de toda forma teórica.

Antes de especificar esta potencia científica, cabe aclarar que la obra JIC puede albergarla en su seno gracias a un contexto histórico muy particular. A partir de la década de 1970, se asistió a una revolución en la base técnica de los procesos de trabajo que transformó cualitativamente la dinámica de la acumulación de capital a escala mundial. Esta nueva división internacional del trabajo se materializó mediante la reproducción ampliada de su unidad gracias a la fragmentación mundial de los procesos de trabajo, que concentró en una pequeña parte de la clase obrera mundial la subjetividad productiva expandida, es decir, aquella que produce y objetiva el conocimiento científico de los procesos naturales y la cooperación productiva, empujando así contradictoriamente al resto de la clase obrera a su degradación o su completa mutilación. Esta revolución en la base técnica de los procesos de trabajo tomó su forma ideológica, en el ámbito de la teoría científica, en la última “crisis de la razón” que allanó el camino para el dominio casi total del posmodernismo como visión prescriptiva general de la producción de conocimiento. Tal crisis generó la relativización de la herencia previa, que empezó a ser vista, no como la forma de iluminar los aspectos oscuros de la realidad, sino tan sólo como una narrativa más del mundo, tan oscura para sí misma como los objetos por ella figurados desde la soberanía que el proceso de su institucionalización le había otorgado. En otras palabras, dejó de considerarse a la ciencia tradicional como el patrón con el cual dar cuenta del funcionamiento de lo real, para empezar a considerarla como un relato más, inmerso y diluido en los “juegos del lenguaje”. En el seno de este proceso, el marxismo como modo de interpretar el mundo entró en crisis, junto con las formas políticas que lo habían elevado al pedestal de la razón.

Este debilitamiento de la ciencia tradicional fundada en el método de la representación lógica produjo, a su vez, el creciente reconocimiento del carácter difuso de los límites epistemológicos que separan a las disciplinas entre sí. Se empezó a advertir que esas abstractas separaciones por las que cada ciencia particular legitimó su campo específico de intervención ya no eran capaces de capturar la complejidad de lo real. Las ciencias sociales, en particular, avanzaron en el camino de su inevitable hibridación interna para luego dar inicio a un debate con las ciencias naturales, cuestionando el anti-humanismo clásico en favor de una perspectiva post-humanista. El giro material en las teorías críticas, muy en boga en nuestros días, empezó a forjarse a partir de los osados intentos de la antropología simétrica de Bruno Latour o el enfoque semiótico-material de Donna Haraway. En este sentido, el clima posmoderno permitió el florecimiento de ciertas discusiones que habían quedado enclaustradas en algunos pasajes de los *Manuscritos de París* de Karl Marx sobre la necesidad de fundar una *única ciencia*: la “historia natural”.

Asimismo, este contexto renovó el marxismo en crisis. Si la gran mayoría o bien se aferró a la tradición, tratando de salvar el “honor de la razón” de los descréditos lanzados desde la tribuna posmoderna, o bien abrazó a esta última en su liberalismo vergonzante, una pequeña parte de estudiosos de la obra marxiana —pero considerable desde el punto de vista de sus aportes— se lanzó a nuevos mares. La escuela alemana de la *Neue Marx Lektüre*, a través de una singular recepción de los *Ensayos sobre la teoría marxista del valor* de Isaak Rubin, realizó una relectura de *El capital* que contrastaba con las aproximaciones ortodoxas soviéticas y las lecturas ricardianas en boga previas a los años setenta. En la década de los ochenta, el vínculo entre Hegel y Marx volvió a cobrar importancia gracias a los desarrollos de la Nueva Dialéctica y el Marxismo Abierto. Estas corrientes se caracterizaron por poner especial énfasis en la cuestión del método de la crítica de la economía política, puntualizando que la obra de Marx no trata de una economía política entendida como ciencia autónoma, sino precisamente de su crítica radical. La Nueva Dialéctica, junto a otro autor ajeno a la corriente como Moishe Postone, redescubrieron que el sujeto de nuestra sociedad no es un agente humano particular (la burguesía, por ejemplo), sino el capital. El capital es el sujeto de nuestra producción y consumo sociales, y los seres humanos, *personificaciones* de esa relación social enajenada. Este hallazgo, que en *El capital* se constata de modo textual, directo y sin eufemismos, fue ignorado por completo en las aproximaciones marxistas desde la II Internacional. Asimismo, el redescubrimiento de la tesis del “capital como sujeto” alojaba entre sus enunciados consecuencias políticas de hondo alcance, favoreciendo lecturas novedosas de las determinaciones del sujeto revolucionario. Las nuevas discusiones en torno a las nociones de inmanencia y exterioridad cifran entre sus denuestos la insistente búsqueda por dar con el “álgebra de la revolución” en el siglo XXI, volviendo a reconocer que “les guste o no semejante

enajenación de sus potencias genéricamente humanas”,⁹ al proletariado no le cabe sino personificar las potencias revolucionarias que le pertenecen al capital.

Las obras de JIC y los camaradas del CICP no pueden abordarse sin tener en cuenta este contexto más general. Sólo a la luz de la historicidad que los determina se pueden evaluar sus aportes sin parangón al conocimiento científico. En primer término, es importante reconocer que la obra de JIC es el intento más osado desde Marx de realizar un avance hacia la verdadera unificación de todas las ciencias. A contramano de la tendencia general de partir de conceptos, que para cualquier practicante de la ciencia convencional se revela como una *doxa*, JIC parte de la forma más simple que, en la reproducción de su propio movimiento en tanto contenido, va tomando formas concretas cada vez más enriquecidas. Y lo hace asumiendo la contradicción real que implica toda forma concreta, desde la simple materia hasta nuestra propia acción.

Ejemplos de este modo de proceder lo encontramos en cualquier trabajo suyo, pero en sus dos obras más conocidas, *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia* y *Conocer el capital hoy. Usar críticamente El Capital*, alcanza una potencia deslumbrante. JIC realiza una historia natural en el más pleno sentido: no puede partir más que de la pregunta por la potencia de su propia acción y no puede detenerse en el *análisis* hasta no llegar a dicha determinación en su forma más simple; y no puede dejar de asumir, en la *síntesis*, cada una de las formas abstractas y concretas que se automediatizan, desde la materia en cuanto tal a la forma más simple de la vida, y de allí hasta llegar a la vida humana en su forma concreta histórica actual. No puede dejar de reproducir cada una de las determinaciones sintetizadas en nuestra conciencia enajenada (el capital) como forma concreta de organizarse la materia viva. No puede, en definitiva, dejar de dar cuenta de que los diferentes modos en que el ser humano ha organizado (y organizará) la producción y el consumo sociales son formas concretas de organizarse la materia misma, el modo en que ella misma se transforma y se apropia de todas sus determinaciones. JIC debe la conjunción singular de su obra al osado gesto de radicalización de la historia natural marxiana.

Tanto en su *Opus Magnum* de 2003, como en ese monumento de la crítica despiadada de lo existente que representa *Conocer el capital hoy...*, JIC pone en perspectiva las consecuencias políticas de un redescubrimiento, a saber: el del carácter privado e independiente del trabajo en la sociedad capitalista. El marxismo, desde la II Internacional hasta nuestros días, produjo sistemáticamente el borrado de esta determinación como el signo histórico primordial del capital. En este sentido, JIC despliega una crítica bifronte en el seno de esta misma representación: a los marxistas *ricardianos*, que reducen la forma al contenido, y a los marxistas *rubinistas*, que

⁹ Iñigo Carrera, J.: *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2013, p. 239.

reducen el contenido a la forma. Ambas construcciones operan sobre el suelo de una misma inversión: la creencia en que el trabajo abstracto socialmente necesario, simple gasto de músculo, cerebro y nervio humanos, explica la determinación históricamente específica de la producción de valor en la sociedad capitalista. Este conjunto amplio y variopinto de autores, que se extiende desde representantes de la Academia de Ciencias de la URSS hasta académicos firmemente afianzados en las prestigiosas universidades de la *Ivy League* norteamericana —pasando por innumerables figuras del “Tercer Mundo”—, han convertido la crítica de la economía política en una apologética del capital, bajo la forma de su abstracta negación. La han transformado en una *economía política crítica*, es decir, en una forma de economía política igual de apologética que la de Adam Smith y David Ricardo.

En contraste, haciendo gala de una pedagogía sin igual, JIC reproduce paso por paso el desarrollo realizado por Marx en el primer capítulo de *El capital* mostrando que el trabajo abstracto socialmente necesario ha existido en toda forma de sociedad, pero que sólo una modalidad históricamente específica de su realización —su carácter privado e independiente— es lo que determina su objetivación como valor. Así, integra en un mismo movimiento la explicación ricardiana, incapaz de explicar el fenómeno de la forma *de* valor, y la explicación rubinista, presa de la imposibilidad de dar cuenta de la materialidad del trabajo abstracto por quedar presa de la absolutización del momento de la forma *del* valor.

Conocer el capital hoy... tramita en sus páginas la potencia que yace en la Crítica Práctica, en la medida que se centra en el hecho de que el análisis de la mercancía no es otra cosa que un análisis de la propia conciencia del productor de mercancías. De hecho, JIC recoge y desarrolla el descubrimiento del fetichismo de la mercancía: el hecho de que el producto de nuestro trabajo, al objetivarse como valor, se presenta como ajeno y nos domina. La mercancía, cuya forma sintética inmediata es el dinero, demuestra ser la conciencia enajenada del productor de mercancías: aquello que organiza nuestra producción y consumo. JIC incide en que, para criticar la sociedad capitalista, no es necesario apelar a criterios externos. Solo desde el reconocimiento de la determinación más simple del capital, a saber, el hecho de que la mercancía es nuestra conciencia enajenada, podemos comenzar a desarrollar una acción política verdaderamente revolucionaria, esto es, con conocimiento de causa. Ignorar, borrar o perder de vista esta determinación en el siguiente paso implica la restitución de la conciencia fetichista, que se desentiende de su determinación para asumirse abstractamente libre. Y es esta operación la que fundamenta el marxismo como economía política crítica, portador inconsciente de la ideología del capital. Una acción política que se despliega mediante dicho desconocimiento tan sólo redacta y firma su propia acta de defunción.

Hasta aquí podemos afirmar que la obra de JIC opera un reconocimiento de la crítica de la economía política de Marx. Sin embargo, su obra desborda cualitativamente dicha crítica inicial en tanto logra descubrir las determinaciones específicas del sujeto revolucionario, una cuestión que, en *El capital*, estaba lejos de resolverse. En este punto podemos comprender la originalidad de la lectura de *El capital* que opera JIC. Su aporte original al conocimiento científico respecto de las potencias políticas que porta la relación social enajenada, se cifra en su reproducción de las determinaciones que Marx expone en la cuarta sección del Tomo I de *El capital*, donde trata las formas concretas de producción del plusvalor relativo. Acompañando la exposición que hace de las transformaciones históricas en los procesos de trabajo (cooperación simple, manufactura y sistema de la maquinaria y la gran industria) JIC encuentra una contradicción no resuelta en la principal obra de Marx, una tensión que acaba por recortar las virtudes de su crítica. Descubre que en el capítulo XIII sólo se reconoce el proceso de degradación de los atributos productivos de la clase obrera cuando ésta es convertida en apéndice de la máquina. Sin embargo, pierde de vista que ese mismo proceso le expande los atributos productivos a los órganos del obrero colectivo que desarrollan precisamente el conocimiento científico que se objetiva en las máquinas y que organizan la producción al interior del capital. En otras palabras, *Marx no reconoce la subjetividad productiva expandida, y por tanto, a la ciencia como forma del capital*. En el argumento de Marx, el capital se apropia de la ciencia porque ésta le es ajena, lo que implica la defensa de una posición que se da de patadas con el propio movimiento empírico del capital, que produce fuerza de trabajo (portadora de valor y productora de plusvalor) disponible para la generación y ejecución de conocimiento científico. En la letra de Marx, sólo quien haga trabajo manual bajo las condiciones de subsunción real del trabajo en el capital podría ser caracterizado como un obrero. El trabajo intelectual —representado como “trabajo inmaterial”—¹⁰ quedaría así ajeno a

¹⁰ La reproducción que hace JIC de todas las determinaciones que se condensan en el trabajo humano constituye, por sí misma, la crítica de toda concepción de la existencia de trabajos que no sean materiales. Sin embargo, como si no alcanzara con esto, JIC se enfrenta al término específicamente marxiano de “trabajo inmaterial”, para desmontar lo que esta cualificación implica: una vulgar representación. En tanto el conocimiento dialéctico no puede detenerse ante ninguna apariencia (por más reforzada que esté por la pluma de tal o cual científico), aquí JIC demuestra que lo que está en la base de esta representación son las diferentes modalidades de existencia que hay entre los productos que se consumen luego de su producción (los llamados “bienes”) respecto de los que se consumen al mismo tiempo que se producen (los llamados “servicios”). Pero esta última modalidad del consumo no tiene ningún atributo mágico para convertir a los productos en “inmateriales” y mucho menos a las actividades de las que son resultado. En simples palabras: es tan producto material del trabajo un show de música o un corte de pelo, como lo son los instrumentos que usan los artistas o las tijeras que usa el peluquero. Pero el problema del término utilizado por Marx es aún más agudo, ya que se utiliza también para calificar los trabajos intelectuales, incluso si ellos se objetivan (por ejemplo, en un libro) para consumirse luego de su producción. El carácter ideológico de este concepto, en este punto, no puede ser más evidente (Iñigo Carrera, J.: *Conocer el capital hoy. Usar críticamente El Capital*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2021, cap. 7). Pero la apariencia general sobre la que se reproduce sigue siendo la misma: la transmisión del conocimiento como un producto que se consume al mismo tiempo que se produce.

los efectos deletéreos de la producción de plusvalía relativa, en el mejor de los casos, o a ser vampirizado por la espiral del valor, en el peor de ellos.

JIC detecta un “salto mágico” en la reproducción de Marx. Por un lado, el oriundo de Tréveris le quita toda potencia al obrero resultante de la organización del proceso de trabajo característica del sistema de la maquinaria y la gran industria: es un mero apéndice vivo de la máquina que sólo puede iniciar su proceso de trabajo si la máquina se encuentra funcionando. Al haber perdido los atributos productivos de sus antepasados artesanos y manufactureros ya no puede producir por sí mismo los medios de vida que precisa para renovar su fuerza de trabajo. Por ello, si el capital no le pusiera delante sus condiciones dadas por el sistema de la gran industria, este obrero no podría reproducir dichas condiciones por carecer del conocimiento necesario para objetivarlo en la maquinaria y se vería, por tanto, despojado de su propia capacidad genérica. Pero, en claro contraste con este desarrollo, en el curso siguiente de la exposición de sus resultados, Marx encuentra depositado en él la potencia para “expropiar a los expropiadores”. El mismo obrero que necesita que la máquina ponga en marcha su proceso de trabajo, se encuentra, inexplicablemente, expropiando a los expropiadores en el marco de una revolución social, haciendo realidad la “asociación entre individuos libres”. De esta contradicción se desliza la conclusión de que, para Marx, el sujeto revolucionario se produce *contra el capital* y no *como forma del capital*. Pero, si esto es así, y si, tal como lo descubrió Marx, el capital es el sujeto de la producción y el consumo, ¿de dónde extrae sus potencias dicho sujeto? Si el capital, en su reproducción ampliada, en su voracidad insaciable de plusvalía relativa, va socializando crecientemente el trabajo privado e independiente al interior de los capitales individuales, ¿cómo es posible que la clase obrera dirija un proceso productivo de semejante complejidad, si ya el capital la degradó previamente a mero apéndice de la maquinaria? No hay respuesta para este punto en la obra de Marx. Y es aquí donde JIC realiza uno de sus principales descubrimientos: es este mismo proceso de socialización del trabajo el que produce, a su vez, una diferenciación interna entre los órganos del obrero colectivo, en sus propias subjetividades productivas: mientras unos se degradan o se mutilan completamente, otros necesariamente expanden sus atributos para realizar los trabajos de reconocimiento y control de las fuerzas naturales y coordinación productiva. El científico, así, deja de ser representado como un sujeto con una función social ajena al capital, para comenzar a ser reconocido como un producto del mismo en su necesidad vital de producir plusvalor relativo y, por tanto, de avanzar en el desarrollo de las fuerzas productivas. En este sentido, JIC pone sobre sus pies a

En definitiva, la crítica al concepto de trabajo inmaterial es un ejemplo claro de la mayor potencialidad del conocimiento dialéctico respecto del conocimiento científico estándar; no solo porque no necesita sustentarse en ninguna cita de autoridad, sino porque cada paso de su crítica sobre tal o cual representación no se repliega sobre la abstracta negatividad: es el avance mismo en los descubrimientos. A continuación veremos una de las enormes consecuencias de esta crítica.

la producción científica y descubre que el sujeto revolucionario se está produciendo en su seno. El *socialismo científico* deja de representarse como un “deber ser” para comenzar a reconocerse como una potencia material concreta de la misma relación social enajenada. La existencia de esta subjetividad productiva expandida confirma “que el capital lleva consigo la necesidad de aniquilarse a sí mismo, como una potencia que le es propia”.¹¹

Otro de los enormes aportes de la obra de JIC consiste en haber logrado llevar hasta las últimas consecuencias el descubrimiento de que *el capital es una unidad mundial*. Si bien en el marxismo, como también en ciertas corrientes teóricas no marxistas, se reconoce que el capitalismo es un fenómeno global, sus análisis parten del hecho nacional para, desde allí, observar la unidad. En otras palabras, presos de las apariencias superestructurales, consideran que los Estados-nación son las unidades primarias, y la unidad mundial o “sistema-mundo”, un resultado de la abstracta suma de esos Estados. Este “nacionalismo metodológico” es barrido mediante una crítica de este enfoque imperante¹² y un contraste empírico sin precedentes por parte de JIC, que se constata en sus estudios sobre la acumulación de capital en Argentina y el papel que juega la renta de la tierra en los procesos de acumulación latinoamericanos. Así también, su reconocimiento de que el capital es el contenido global, y los procesos nacionales sus formas de realizarse, encuentra en su lectura de la experiencia histórica de la Unión Soviética (URSS) sus momentos más esclarecedores (y polémicos). JIC demuestra que la URSS no fue la superación del modo de producción capitalista, sino la centralización absoluta del capital en manos de la clase obrera —y no de una abstracta burocracia— en un ámbito nacional específico de acumulación. Una vez eliminados los capitalistas y terratenientes en una revolución social, el capital no desaparece por arte de magia: las determinaciones más generales de este modo de producción siguen en pie, empezando por su determinación más simple, esto es, la organización privada e independiente del trabajo (no sólo respecto del resto de los capitales activos en los diversos ámbitos nacionales, sino incluso allí donde las clases parasitarias fueron expropiadas). Las obreras y los obreros soviéticos no se encontraban en el “socialismo realizado”, desplegando cada día la plenitud de sus potencias humanas sin la mediación del fetichismo: por ello mismo seguían siendo miembros de la clase obrera, personificando sus respectivas mercancías, esto es, intercambiando sus fuerzas de trabajo por un salario. Pero lo hicieron desarrollando

¹¹ Iñigo Carrera, J.: *El capital...*, p. 240.

¹² *Ibid.*, pp. 167-177; “La unidad mundial de la acumulación de capital en su forma nacional históricamente dominante en América Latina. Crítica de las teorías del desarrollo, de la dependencia y del imperialismo”, Documento de Investigación del Centro para la Investigación como Crítica Práctica, Buenos Aires, 2018; *La formación...*, pp. 32-42; Starosta, G. y Steimberg, R.: “El desarrollo capitalista latinoamericano desde la crítica de la economía política”, en Caverro, O. (coord.): *El poder de las preguntas. Ensayos desde Marx sobre el Perú y el mundo contemporáneo*, Lima, Fondo Editorial UCH, 2019.

una potencia completamente revolucionaria, históricamente inédita para ese momento histórico: pusieron en sus propias manos la gestión íntegra del capital total nacional, evidenciando las potencias productivas de la centralización económica a dicha escala. Por este motivo la URSS portó en su seno todas las contradicciones de nuestro modo de producir la vida social, entre ellas, la coerción y violencia más sanguinarias. El gulag, las hambrunas o las purgas no fueron ni el producto de una “desviación” o “traición” de los “principios revolucionarios” —como si la conciencia determinara su ser social—, ni mucho menos el “socialismo realizado”, sino la forma concreta del capital soviético abriéndose paso en las sinuosas páginas de la historia del siglo XX.

En este sentido, JIC demuestra todas las potencias abiertas por el conocimiento dialéctico, al reconocer aquello que las ciencias sociales en general y la historiografía profesional, con todas sus virtudes pero absorta en las apariencias que brotan de los archivos, nunca hubieran descubierto, por más millares de soldados que siguieran incluyendo en sus ejércitos disciplinados y por más teoría marxista con la que los pertrecharan. Asimismo, llevó hasta sus últimas consecuencias la tesis marxiana de que la violencia es también una potencia económica. JIC, para la cólera de anti-soviéticos y pro-soviéticos por igual, nos pone por delante la necesidad de asumir contradicciones tales como que el *Holodomor* fue la condición de posibilidad del brutal aplastamiento del Tercer Reich o las misiones *Sputnik*. Es decir: que las fuerzas de destrucción son, al mismo tiempo, fuerzas de emancipación y creación.

Todos estos aportes al conocimiento de nuestro propio ser social no hubiesen sido posibles sin la revolución metodológica que la obra de JIC ha llevado adelante.¹³ Sin pretender entrar en discusiones que excedan con creces la modestia de esta introducción a nuestra revista, nos interesa resaltar que la obra de JIC pone en perspectiva la historicidad de la teoría científica. La *forma-teoría*, en la obra de JIC, no se presenta como un axioma situado fuera de la historia, o como la forma concreta de un proceso de conocimiento inherente al ser humano en tanto que ser racional. Todo lo contrario: ella misma es una forma concreta del capital. Así, JIC ha radicalizado la historicidad de la forma misma de conocimiento que, desde la epistemología, se entiende como producto de una abstracta subjetividad universal.

Ahora bien, en este punto el lector nos podría objetar: “¡Pero si la historicidad del conocimiento ya fue planteada por la epistemología del siglo XIX y XX!” En términos formales, este virtual lector tiene toda la razón. Pero JIC, al plantear la historicidad de la teoría científica, está diciendo una cosa muy distinta. La ciencia bajo su forma disciplinar y la epistemología como su pretendido garante gnoseológico y ético, parten

¹³ De más está decir que no pretendemos agotar en esta presentación la totalidad de los aportes de JIC y la Crítica Práctica, como lo pueden ser la reproducción de la determinación del Estado, el fenómeno de la crisis capitalista, la formación de la tasa general de ganancia, la especificidad del pequeño capital o la crítica del conocimiento matemático, por ejemplo.

del axioma de la eternidad de la forma teórica de conocimiento, para luego recién abordar y asumir las variaciones históricas y disciplinares de esa invariante. La relación externa establecida entre el sujeto y el objeto sigue siendo postulada como presupuesto y, por lo tanto, la representación lógica como el horizonte insuperable de la “condición humana”. Los epistemólogos, sin dudas, han llamado la atención en torno al carácter histórico de la realización de ese presupuesto. Así, ya a lo largo del siglo XX y hasta nuestros días, han descrito con detalle las características de los paradigmas científicos, las condiciones sociales de producción del conocimiento, el sentido de las racionalidades invocadas (razón instrumental, razón patriarcal, razón colonial, etc.), incluso llegando a plantear el ensamblaje entre agencias humanas y no humanas en la “producción de los hechos científicos”. Sin embargo, lo que no han cuestionado nunca es la forma *lógica* de conocimiento, y por ende, el conocimiento teórico-interpretativo. Por más histórica que sea la conciencia científica que organiza su acción por medio de la representación lógica, sigue necesariamente presa de los límites de su propia forma, esto es, de su externalidad axiomática para apropiarse lo real, mostrándose incapaz de poder captar su automovimiento, lo que constituye una contradicción. En ese chocar contra los límites impuestos por su forma teórica, la ciencia tradicional acabó generando su misma crisis y cavando su propia tumba. Ella se cifra en el reconocimiento de que, por sus propias estructuras de inteligibilidad, la teoría científica se muestra impotente para aprehender la totalidad. El elogio del fragmento, la valoración del saber local, la emergencia de una plétora de epistemologías con diversos adjetivos, hasta la aparición de “nuevas ontologías”, señalan que el ecosistema posmoderno no es la negación de la teoría científica sino su fase superior. En nuestros tiempos se hizo realidad efectiva lo que siempre estuvo como potencia a realizar por la teoría científica: la indistinción entre el científico y el ideólogo.¹⁴

3. De lo que se trata no es de interpretar a Juan Ignacio Carrera

Cabe señalar que el presente esbozo de biografía político-intelectual de JIC, junto al resumen de sus principales aportes al conocimiento científico, está muy lejos de hacer justicia a la magnitud de su obra. Y aún así, de nada valen las excusas de los límites del formato, de la intención divulgadora o la simplificación pedagógica, etc., porque aquí no se trata de interpretar su obra. Si el conocimiento dialéctico, tal como lo desarrolló JIC, se caracteriza por su crítica despiadada de toda representación lógico-teórica, en tanto esta forma de conocimiento se presenta hoy como el límite absoluto de la organización política de nuestra clase, es necesario destacar todavía una característica más descollante. Y es que *el conocimiento dialéctico se tiene a sí mismo como el principal objeto de crítica*, porque no puede partir de ningún presupuesto ni detenerse

¹⁴ Iñigo Carrera, J.: *op. cit.*, p. 251.

ante ninguna apariencia. Es por ello que todos los descubrimientos de JIC, con base en Marx, no pueden sino constituir la base para la acción política del SICAR. En concreto, encontramos en su obra el legado de un arma revolucionaria con un filo radical, “el arma de la crítica”, es decir: el *conocimiento dialéctico como forma de organizar el curso de la acción revolucionaria*. En este aporte decisivo, esta forma específica de conocimiento pone a toda y todo militante frente a la determinación inmanente de su propia acción. O dicho de otro modo, nos empuja a descubrir la unidad y la contradicción inmanente de toda forma real concreta: la individualidad como forma del metabolismo social, la nación como forma del mercado mundial, la conciencia como forma de la mercancía, la acción política como forma de la economía y, en definitiva, nuestra acción revolucionaria como forma del capital.

Todas y cada una de las críticas que, desde distintas organizaciones, se han lanzado a la reproducción dialéctica del CICP se caracterizan por invertir ideológicamente las potencias revolucionarias de esta inmanencia radical como el “inmovilismo idealista hegeliano”. Necesitan rendir vergonzosamente culto a la apología de la exterioridad por no reconocerse en la propia enajenación y, por lo tanto, concebirse libres por naturaleza al no asumir su propia determinación histórica. Muy por el contrario, el SICAR asume la inmanencia del conocimiento dialéctico como la evidencia de su mayor potencialidad productiva, siendo justamente el vacío metafísico de las “autonomías relativas” la expresión de la más aguda esterilidad política de las izquierdas marxistas. Así, nuestros desarrollos originales más controvertidos se basan precisamente en la localización de los puntos de fuga en los que la Crítica Práctica agota esta reproducción inmanente, recayendo en las representaciones de las “múltiples temporalidades”, los “índices de eficacia” y las “sobredeterminaciones”, que es donde verdaderamente reposa el “inmovilismo idealista”.

En este estricto sentido, los lectores y las lectoras deben advertir que, desde este primer número de nuestra revista, no van a encontrar aquí ningún culto a la autoridad, sino más bien todo lo contrario. Allí donde los distintos órganos de investigación del SICAR, en la apropiación del conocimiento dialéctico socialmente producido, se enfrentan a una necesidad externa respecto del objeto concreto bajo estudio, no hacen más que desarrollar críticamente una nueva reproducción, no sólo expulsando esa representación y buscando la determinación real correspondiente, sino indagando en la necesidad misma de esa representación. En otras palabras: ni Marx, ni Engels, ni JIC, ni cualquier camarada que ponga su cuerpo en la producción de conocimiento dialéctico (sea externo/a o interno/a a nuestra organización), nadie resulta inmune a la crítica de sus aportes.

Los artículos que integran este primer número constituyen tan sólo una muestra de esta forma conscientemente colectiva de producir conocimiento científico.

En el primer trabajo, “La obra de Karl Marx como base para la superación de la lógica dialéctica: apuntes críticos sobre las bases metodológicas del CICP”, Nicolás Cosic y Ángel Vivanco abren el número explorando las derivas de la intervención de la Crítica Práctica en las discusiones metodológicas “neodialécticas”. En esta búsqueda, los autores se interrogan particularmente por las potencias y los límites de la lógica dialéctica hegeliana, que así como reconoce la contradicción que implica toda forma, la representa a su vez bajo una necesidad constructiva teórica: como el proceso en que un objeto *deviene en sujeto de su propio movimiento*. Así, tras presentar los lineamientos para una crítica de la *Ciencia de la lógica*, avanzan en la dilucidación del método marxiano. En este doble abordaje, mediado por el análisis de la problemática del método lógico-histórico engelsiano y la representación del “modo de producción mercantil simple”, los camaradas descubren que Marx no logra trascender la lógica hegeliana, lo que dispara nuevas preguntas sobre las elaboraciones metodológicas del CICP: ¿cuál es la necesidad de proyectar en Marx la superación de la forma lógico-teórica de conocimiento? ¿Se trata de una estrategia política, de una “recaída interpretativa”, o más bien evidencia nuevas dificultades en torno a la comprensión de la naturaleza material del conocimiento dialéctico?

Por su parte, en “El materialismo histórico como crítica del fetichismo de la mercancía”, las y los investigadores del Grupo de Estudios en Materialismo Histórico (GEMH) presentan sus primeros descubrimientos en torno a las determinaciones del metabolismo social humano precapitalista. En un ejercicio de reproducción inmanente de las potencias del concreto bajo investigación, los camaradas acompañan la necesidad de la simple materia en su movimiento de determinarse como vida, luego como vida animal y finalmente como vida humana. Desde esa base, reproducen la unidad de las determinaciones del *trabajo* como *socialidad específica*, y su desarrollo como fuerzas productivas, relaciones de producción y conciencia, hasta alcanzar finalmente al individuo tan sólo como el punto de llegada de la síntesis. En su despliegue, tras realizar un balance de las aporías fetichistas de la teoría marxista de la historia, el GEMH desmonta a cada paso la proyección transhistórica de las relaciones sociales capitalistas, reconociendo la historicidad radical de la forma-valor. Sin embargo, paradójicamente, el reconocimiento de las determinaciones generales del precapitalismo solo demuestra ser posible tras descubrir un atributo compartido con el metabolismo social actual, el cual precisamente es representado por la teoría marxista como un fenómeno específicamente capitalista: la enajenación del productor en el producto de su propio trabajo. La polémica abierta es, en lo inmediato, desconcertante: el ocultamiento de aquello que es común a la etapa capitalista y su prehistoria (la enajenación del trabajo), sería precisamente aquello que le permite al marxismo trasplantar al pasado todas las formas históricas específicas de nuestra sociedad, como el valor, la mercancía, el dinero, el capital, las clases sociales y sus

luchas, la propiedad privada, el Estado, etc. Pero el artículo se destaca aún con mayor fuerza por presentar una alternativa frente a la esterilidad teórica del paradigma de las “múltiples sociedades”. Criticando a la historiografía marxista por erigir abstractos modos de producción coexistentes a partir de diversas apariencias jurídicas, el GEMH reproduce mediante el pensamiento la unidad del metabolismo precapitalista y lo alcanza en su determinación más simple: el *vínculo de dependencia* como forma de organizar el trabajo *privado* entre las distintas *unidades parciales de producción y consumo*. Es decir, el GEMH trasciende la aporía de las múltiples temporalidades al captar la existencia de *un único modo de producción precapitalista*.

El Grupo de Crítica de la Economía Política (GCEP) presenta su reproducción original de la determinación material del proletariado —y sus consecuencias para proyectar su acción política— en el trabajo titulado “Crítica del concepto de clase obrera en *El capital* de Karl Marx: investigación sobre las determinaciones más simples de la subjetividad revolucionaria”. Partiendo de la revisión de la obra madura de Marx, el grupo despliega la potencialidad del trabajo privado e independiente hasta alcanzarlo en su forma de clases sociales, barriendo en el camino con las representaciones del “trabajo inmaterial”, “la dominación personal” y las apariencias jurídicas. Así, tras criticar el fetichismo marxiano del “modo de producción mercantil simple”, las y los investigadores del GCEP ponen de manifiesto que la producción de valor constituye inmediatamente la producción de plusvalor, lo que revitaliza un descubrimiento tangencial de Marx: el fenómeno de la *doble personificación*. Por esta vía, los y las camaradas no sólo exponen la especificidad de las clases sociales en su determinación más simple, sino que también demuestran la necesidad de su diferenciación respectiva como clase obrera y clase capitalista, aún como contradicción portada en un mismo individuo. Abriendo una gran discusión metodológica, historiográfica y política, el trabajo sostiene que la burguesía constituye la *personificación* del consumo parasitario de plusvalor desde el inicio mismo del modo de producción capitalista, esto es, reconoce *todas las potencias productivas de plusvalor como un atributo específico de la clase obrera*. En su transversalidad con los aportes del GEMH, el artículo sienta las bases para la revisión histórica y política del conjunto de la historia social del capitalismo, a la vez que problematiza en torno a las determinaciones de la potencialidad revolucionaria actual de la clase obrera.

En “¿Una ‘unidad indisoluble’? La forma jurídica como relación económica. Elementos para la crítica de la relación base–superestructura en la teoría marxista”, Edgardo Ocampo, Jesús Alfredo Campos y Adrián Chacón reflexionan sobre la naturaleza de la relación entre base económica y superestructura jurídica. Tras destacar la absoluta exterioridad recíproca en las lecturas marxistas, los autores indagan en la reproducción dialéctica de la Crítica Práctica y encuentran límites llamativos. Por este camino, penetran en la aparente inmanencia detrás del término

“unidad indisoluble”, y lo que encuentran no es más que una unidad ausente, reconstruida mediante la conversión de las relaciones sociales de producción en una categoría. Ahondando en este sentido, descubren que la exterioridad hallada en la Crítica Práctica entre relaciones económicas y jurídicas expresa una exterioridad en las formas más simples de nuestras determinaciones, esto es: en el vínculo entre trabajo individual y trabajo social, y en la relación entre conciencia libre y conciencia enajenada. Al detectar esta problemática, los camaradas reproducen por cuenta propia la necesidad que tiene la relación económica (la relación de producción) de darse a sí misma una forma jurídica, captándolas así en su *relación de sustancialidad*.

Por último, en “El sujeto revolucionario en la encrucijada del marxismo: Razón y Revolución como límite de la izquierda argentina”, Felipe León y Ángel Vivanco indagan en torno a las potencias y los límites científico-políticos de Razón y Revolución. A pesar de que el trabajo aparenta ser una simple polémica programática, en tanto los autores son ex militantes de RyR, en realidad se enfrentan a dicha organización en tanto concreto material y lo analizan en su historicidad, con el objetivo de encontrar las determinaciones de la propia acción política como miembros del SICAR. En este sentido, en primer lugar, reconocen a RyR como una organización de *subjetividades productivas expandidas* dedicada a la producción colectiva de conocimiento científico. Sin embargo, el artículo detecta la principal impotencia de esta experiencia militante: el método de la representación lógica. De este modo, acompaña en su recorrido a la pretensión trunca de RyR de trascender las aporías de la ideología posmoderna, demostrando cómo a cada paso el partido reproduce sus limitaciones intrínsecas. Aun así, el trabajo no presenta los límites del partido como problemas específicamente suyos, sino que los ubica como la culminación de la encrucijada marxista argentina, particularmente de su línea de desarrollo nacional trotskista. Por lo tanto, los autores concluyen que la pregunta por la determinación material del Partido Revolucionario necesita todavía una respuesta, que supone, desde el vamos, trascender al marxismo en tanto *teoría revolucionaria*.

En conclusión, este primer número de *Síntesis* abre el espacio para la discusión y el avance del conocimiento dialéctico sobre una multiplicidad de problemáticas que solo pueden ser separadas analíticamente: la cuestión del método científico, las formas más simples de la materia, la génesis de la vida, la unidad del metabolismo humano, la naturaleza de la enajenación, la determinación de la conciencia, el vínculo entre relaciones económicas y jurídico-políticas, la historicidad de las clases sociales y, esencialmente, la urgencia de la reformulación programática revolucionaria sobre estas nuevas bases científicas. Por lo tanto, la transversalidad temática del presente número expresa que el interrogante de *Síntesis* es, en definitiva, *todos los interrogantes científicos*; esto es, que todas las determinaciones que deben ser apropiadas son en verdad *una sola determinación*: la acción política revolucionaria de la clase obrera. De

este modo, el SICAR pretende inaugurar un espacio para la publicación de trabajos científico-militantes –tanto propios como ajenos– dedicados a la dilucidación de las determinaciones de nuestra clase en tanto sujeto revolucionario.

Referencias bibliográficas

- Bellofiore, R., Starosta, G., y Thomas P.: *In Marx's Laboratory. Critical Interpretations of the Grundrisse*, Leiden-Boston, Brill, 2013.
- Caligaris, G. y Fitzsimons, A. (comp.): *Relaciones económicas y políticas. Aportes para el estudio de su unidad con base en la obra de Karl Marx*, UBA-FCE, Buenos Aires, 2012.
- Charnock, G. y Starosta, G.: *The New International Division of Labour: Global Transformation and Uneven Development*, London, Palgrave, 2016.
- Denari, L.: "La planificación al borde del ataque de nervios", en *Revista Interamericana de Planificación*, N. XXIV (94), 1991.
- "Economía y epistemología y los desaciertos del conocimiento científico", en *Realidad Económica*, N. 103, 1991.
- "¿La historia argentina no tiene quien la escriba?", Documento de Investigación del Centro para la Investigación como Crítica Práctica, Buenos Aires, 1992.
- Escorcia Romo, R. y Caligaris, G.: *Sujeto capital - sujeto revolucionario*, México UAM, 2019.
- Friedenthal, T.: *El dinero: naturaleza, génesis y funciones un estudio de los fundamentos para su conocimiento presente en El capital de Marx*, Facultad de Ciencias Económicas [Tesis doctoral], Universidad de Buenos Aires, 2013.
- Grinberg, N.: *Transformations in the Brazilian and Korean Processes of Capitalist Development between the Early 1950s and the Mid 2010s*, Leiden-Boston, Brill, 2023.
- Hirsch, M.: *Acción sindical y salario real en la crítica de la economía política*, [Tesis doctoral], UBA-FSOC, Buenos Aires, 2018.
- Iñigo Carrera, J.: "Capital's Development into Conscious Revolutionary Action", presentado en *International Conference on Marxism in the New World Order - Rethinking Marxism*, University of Massachusetts, Amherst, 1992.
- "From Simple Commodities to Capital-Commodities: The Transformation of Values into Prices of Production", presentado en *21st Annual Convention of the Eastern Economic Association, Mini-Conference of the International Working Group in Value Theory*, Nueva York, 1995.
- "On Differential Concrete Rates of Profit as a Necessary Specific Form Taken by the General Rate of Profit in Competition", presentado en Seminario *La crisis de las economías capitalistas* de Anwar Shaikh, IADE, Buenos Aires, 1996.
- "A Model to Measure the Profitability of Specific Industrial Capitals by Computing their Turnover Circuits", Documento de Investigación del Centro para la Investigación como Crítica Práctica, Buenos Aires, 1996.
- "La acumulación de capital en Argentina", Documento de Investigación del Centro para la Investigación como Crítica Práctica, Buenos Aires, 1998.
- "La apropiación de la renta de la tierra pampeana y su efecto sobre la acumulación del capital agrario", presentado en *I Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales*, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1998.
- "El drenaje de las reservas de divisas por el sector privado durante la convertibilidad", en *Realidad Económica*, N. 166, 1999, pp. 132-141.
- "La crisis de la representación política como forma concreta de reproducirse la base específica de la acumulación de capital en Argentina", en *Revista da Sociedade Brasileira de Economia Política*, N. 15, 2004.
- "Argentina: The Reproduction of Capital Accumulation through Political Crisis", en *Historical Materialism*, N. 14 (1), 2006, pp. 185-219.
- "Las formas políticas de la acumulación de capital en Argentina: La necesidad de la apariencia y el contenido del sindicalismo revolucionario y su "huelga general", presentado en *XII Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia*, Universidad Nacional del Comahue, 2009.
- "El capital: determinación económica y subjetividad jurídica", en *Crítica Jurídica*, N. 34., 2012.
- *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2013.
- "El método: de los Grundrisse a El capital", Documento de Investigación del Centro para la Investigación como Crítica Práctica, Buenos Aires, 2013.

- *La especificidad nacional de la acumulación de capital en la Argentina: desde sus manifestaciones originarias hasta la evidencia de su contenido en las primeras décadas del siglo XX*, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras [Tesis Doctoral], Buenos Aires, 2015.
 - *La renta de la tierra. Formas, fuentes y apropiación*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2017.
 - “La unidad mundial de la acumulación de capital en su forma nacional históricamente dominante en América Latina. Crítica de las teorías del desarrollo, de la dependencia y del imperialismo”, Documento de Investigación del Centro para la Investigación como Crítica Práctica, Buenos Aires, 2018.
 - *Conocer el capital hoy. Usar críticamente El Capital*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2021.
 - *La formación económica de la sociedad argentina, Vol. 2. De la acumulación originaria al desarrollo de su especificidad hasta 1930*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2022
 - “Subjetividad productiva y política en la Crítica Práctica”, entrevista hecha por Vivanco A. y Cosic, N., SICAR, Buenos Aires, 29 de abril de 2025.
- Kornblihtt, J., Dachevsky, F. y Casique Herrera, M.: *Artículos sobre la crisis venezolana. El proceso global de acumulación de capital y la contracción de la renta de la tierra petrolera*, Santiago de Chile, Larga Marcha, 2024.
- Marx, K.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, Vol. I, Buenos Aires, Siglo XXI, Buenos Aires, 2019.
- Rojas Cifuentes, J., Rivas Castro, G., Fuentes Salvo, M y Kornblihtt, J.: *La cuantificación del desarrollo histórico del capital en América del Sur*, Santiago de Chile, Ariadna, 2024.
- Seiffer, T.: *Capital, transformaciones de la clase obrera y olas del feminismo*, Santiago de Chile, Larga Marcha, 2024.
- Starosta, G.: *Marx's Capital, Method and Revolutionary Subjectivity*, Leiden-Boston, Brill, 2015.
- Starosta, G. y Caligaris, G.: *Trabajo, valor y capital. De la crítica marxiana de la economía política al capitalismo contemporáneo*, Buenos Aires, UNQ, 2017.
- Starosta, G. y Steimberg, R.: “El desarrollo capitalista latinoamericano desde la crítica de la economía política”, en Caverio, O. (coord.): *El poder de las preguntas. Ensayos desde Marx sobre el Perú y el mundo contemporáneo*, Lima, Fondo Editorial UCH, 2019.